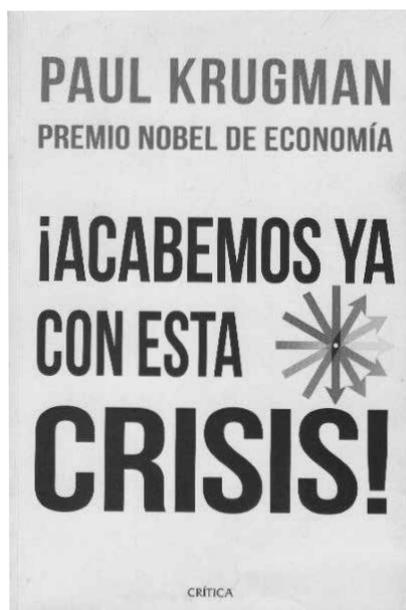


## Comentario a Paul Krugman: *¡Acabemos ya con esta crisis!*

Barcelona: Crítica, 2012

---

*Por Daniela Vega*



La política económica es el arte de negociar intereses, y una manera de mostrar cómo se desarrolla la puja de poder que ésta acarrea es precisamente lo que se vislumbra en este libro que estamos aquí presentando, titulado *¡Acabemos ya con esta crisis!* escrito por Paul Krugman, quien fue Premio Nobel de Economía en el año 2008. En esta ocasión, lo que este economista nos trae es un texto que busca demostrar en un lenguaje no técnico, cuáles son las causas por las cuales Estados Unidos y varios países de Europa todavía se hallan inmersos en los graves problemas que ha ocasionado la crisis que ha azotado a dichas regiones desde el año 2008, cuando estallaron las burbujas financieras y sumieron a los mercados en la depresión. Si bien no se encuentra en la misma escala de magnitud que la Gran Depresión de los años 1930, Krugman encuentra varios puntos de similitud, sobre todo en la abrumadora falta de puestos de trabajo (principalmente entre los

jóvenes) que golpea a los ciudadanos. Motivo por el cual este libro demuestra claramente lo imperioso que es adoptar medidas que favorezcan una recuperación real y completa de la economía. Puesto que, si bien se tiene el conocimiento necesario para solventar las dificultades experimentadas, por una serie diversa de razones, en vez de centrarse en el desempleo, los debates del Congreso pasaron a ocuparse ante todo del endeudamiento y el déficit. Y es así como políticos y funcionarios públicos de primer orden, han elegido olvidar las lecciones de la historia y las conclusiones de varias generaciones de grandes analistas económicos, adoptando prejuicios ideológica y políticamente convenientes. Es por ello que Krugman nos quiere hacer ver de manera urgente —y siguiendo la máxima esencial de John Maynard Keynes— que cuando la depresión golpea es hora de que el gobierno gaste más dinero hasta que el sector privado esté preparado de nuevo para impulsar la

economía. Son momentos de implementar políticas monetarias y fiscales expansivas y sin embargo, la ortodoxia económica y la derecha liberal, no han hecho más que insistir en instaurar políticas de austeridad y de destrucción del empleo.

Centrando la mirada principalmente en Estados Unidos, su lugar de residencia, Krugman si bien reconoce los esfuerzos que la administración de Barack Obama ha realizado, sostiene que éstos no han sido adecuados y que la cuestión más importante en el que peor se ha actuado desde que estalló la crisis, ha sido sobre el tema del desempleo. Ya que cuando éste se prolonga en el tiempo, acarrea toda una serie de inconvenientes para las personas que va más allá de que “se termine el dinero”, puesto que es una fuente de ansiedad y depresión psicológica, sobre todo para los jóvenes (incluso los profesionales universitarios); puesto que la falta de trabajo redundará en una reducción radical de oportunidades de progreso y de realización de proyectos, generando una fuerte frustración e inquietud respecto del propio futuro. Frente a esta situación, Krugman no sólo percibe un grado elevado de inacción para concluir con la depresión, sino que plantea un crítico análisis respecto del sistema de seguridad social estadounidense, por lo cual realiza una comparación con lo que ocurre en Europa. Allí, si bien el desempleo ha afectado a los ciudadanos y fuertemente a los jóvenes (en España se llega a una tasa de paro del 43 por 100), las naciones europeas poseen redes de seguridad social mucho más fuertes que Estados Unidos, por lo que las consecuencias

inmediatas del desempleo son, según Krugman, mucho menos graves. Perder el trabajo en Europa no supone perder el seguro de salud<sup>1</sup> y además, la ayuda económica para los desempleados, es relativamente generosa, por lo que supone que el hambre y la falta de hogar no son tan corrientes como en Estados Unidos. Sin embargo, el problema peculiar que presentan las naciones europeas es que, si bien se hayan unidas por una moneda en común, no supieron crear la clase de unión política y económica que requiere mantener eso como un signo de fortaleza. Por ende, así como en Estados Unidos, en Europa, las zonas que antes de la crisis desarrollaron las burbujas financieras mayores, ahora viven la mayor recesión, ya que los inversores privados optaron por no prestarles dinero. Por tal motivo, España, Grecia, Portugal e Irlanda se encuentran solas para reunir los fondos necesarios con los que sustentar la atención social y sanitaria. Por lo que la respuesta primera fue el recorte profundo de gastos, empujando el desempleo y al resto de Europa de vuelta a una recesión pura y dura.

Lo que indigna de la situación, plantea Krugman, es que no hay necesidad de que todo esto esté pasando, se dispone tanto del saber como de los instrumentos precisos para poner fin a este sufrimiento. Sólo que una combinación de intereses propios e ideologías distorsionadas, impide resolver un problema con solución, y ello es lo que se trata de demostrar a lo largo del libro. Si bien Krugman sostiene que salir de la crisis, económicamente hablando, sería fácil, entiende que políticamente no, puesto que para entrar en

<sup>1</sup> Vale destacar que la gestión de Barack Obama en la reforma del sistema de salud realizada en el año 2010, ha planteado en uno de sus puntos, que los desocupados seguirán recibiendo cobertura médica, siendo el gobierno

quien ayudará a éstos a pagar uno, ya que será obligatorio a partir de 2014 para los ciudadanos y residentes legales tener cobertura médica, caso contrario serán multados.

ella hicieron falta décadas de malas políticas y malas ideas que sólo prosperaron porque durante mucho tiempo estuvieron funcionando muy bien únicamente para un puñado de gente rica y con muchísima influencia. Por lo tanto, el problema se reduce a la necesidad de encontrar más que nada, la voluntad política de actuar, porque en síntesis, el desempleo es elevado y la producción económica baja, porque los consumidores, los empresarios y gobiernos tanto de Europa como de Estados Unidos no están gastando lo suficiente desde que reventaron las dos burbujas financieras. Por ende, el funcionamiento de la economía se cierra en un círculo vicioso: la inversión empresarial cae porque no tiene sentido ampliar la capacidad productiva cuando las ventas bajan; y a su vez, también cae el gasto del gobierno porque no posee ingresos. Por lo tanto, un gasto moderado implica una tasa de empleo moderada, porque las empresas no producirán lo que no pueden vender, y no contratarán a empleados si no los necesitan para la producción. La gente sin trabajo no tiene dinero y por lo tanto, no fomenta el consumo haciendo que las ventas se paralizen y así sucesivamente. Para Krugman, lo que no logran entender ciertos economistas liberales ni muchas personas influyentes, es que “tu gasto es mi ingreso y que mi gasto es tu ingreso” (pág. 38). En pocas palabras, el problema que tenemos enfrente es una crisis por escasez de demanda.

Si bien durante los primeros dos años de la crisis, casi todos los gobiernos principales del mundo estuvieron de acuerdo en que había que compensar el hundimiento repentino del gasto privado, y pasar a desarrollar políticas monetarias y fiscales expansivas —con más gasto, menos impuestos y la impresión de grandes cantidades de base monetaria—, esforzándose por limitar los daños. En el año 2010, una gran parte de la élite gestora del mundo —los banqueros y los funcionarios fi-

nancieros que definen el saber convencional— decidió arrojar por la borda los manuales y las lecciones de la historia y declaró que lo poco era mucho. Se puso de moda reclamar recortes de gasto, incrementos de impuestos y tasas de interés elevadas. A pesar de las descomunales cifras del desempleo, se insistió en que era necesario emprender recortes inmediatos para restaurar la confianza de los mercados en la solvencia del gobierno de Estados Unidos. Ahora bien, por qué dicha doctrina de la austeridad ha sido tan atractiva, es una válida pregunta a la que Krugman responde en simples palabras: necesidad de confianza de los empresarios. En efecto, los grupos de presión empresariales tienen, de hecho, poder de veto sobre las acciones del gobierno. Si éste propone algo que les disgusta, aquéllos pueden proclamar funestas advertencias sobre el modo en que ello reducirá la confianza y hundirá el país en la depresión.

Como podemos ver, este libro vuelve a traer a la vida las mismas premisas que allá por los años 1930 revolucionarían el mundo estadounidense, a partir de las propuestas teóricas aportadas por Keynes. Recordemos que básicamente lo que él planteó fue una fuerte intervención estatal allí donde el sector privado no podía actuar. Si bien era algo novedoso que a primera vista ponía en peligro la esencia capitalista, en definitiva “se trataba de cambiar para no cambiar”. El propio Keynes describió su teoría como de implicaciones moderadamente conservadoras, coherente con una economía dirigida sobre los principios de la empresa privada. Sin embargo, desde el principio, “los conservadores políticos —especialmente, los más dedicados a defender la posición de los ricos— se opusieron con ferocidad a las ideas keynesianas” (pág. 105). Aunque la intervención gubernamental que proclaman dichas ideas es modesta y específica, para los conservadores es el paso previo al abismo, esto es, un régimen social-

ista. Para los economistas antikeynesianos que son, esencialmente, “puristas del *laissez-faire*”, todo análisis económico valioso debe partir de suponer que la gente es racional y los mercados funcionan. Esta premisa excluye de entrada, la posibilidad de que una economía entre en recesión por una simple falta de demanda suficiente.

Así, una vez más nos estaríamos enfrentando a la misma polaridad de los años 30 y en consecuencia, la misma resistencia. Tal como sostiene Paul Krugman, en definitiva, lo que estaría bloqueando la recuperación de tamaño problema que representa la crisis es, solamente, falta de lucidez intelectual y de voluntad política. Si se pueden tomar medidas que aceleren radicalmente la recuperación, aún así existan reales obstáculos políticos, éstas deben adoptarse. Motivo por el cual, finalizando el libro encontramos las propuestas que Krugman plantea para resolver la crisis, las cuales giran en torno a la intervención activa en tres áreas principales, empezando con el gasto gubernamental. Según él, la sit-

uación básica de la economía estadounidense se explica porque el sector privado no está dispuesto a gastar lo suficiente para utilizar toda la capacidad productiva y, por lo tanto, dar empleo a los millones de estadounidenses que ansían trabajar pero no encuentran puestos de trabajo. La forma más directa de cerrar esa brecha es que el gobierno gaste donde el sector privado no lo hace. A ello habría que sumarle que la Reserva Federal adopte medidas más potentes de estímulo fiscal, acompañadas de iniciativas profundas en el tema de las viviendas como tercera pata de una estrategia de recuperación. Como una gran parte de los problemas económicos puede atribuirse a la deuda en que los compradores de viviendas incurrieron durante los años de la burbuja, una forma obvia de mejorar la situación sería reducir el peso de este endeudamiento. Una refinanciación masiva podría resultar especialmente eficaz si se acompañara del empeño decidido, por parte de la Reserva Federal, de rebajar las tasas de interés hipotecarias.